

# *Mezquindad y demagogia*

Santos Juliá, El País, 07/01/2001

“Con nuestra débil tasa de natalidad, necesitaremos mano de obra”, dijo el pasado agosto el ministro del Interior. La realidad ha ido, en este caso, por delante de las previsiones, si de previsión puede hablarse cuando se trata de política de inmigración. Gracias a esa mano de obra somos ya, oficialmente, más de 40 millones, una magnitud impensable para el Instituto de Estadística. De los 40, al menos uno eran, cuando se dio por cerrado el último proceso de regularización, inmigrantes en situación legal. Y de éstos, la mayoría procedían del antes llamado Tercer Mundo: marroquíes, sobre todo, pero también, en número creciente, ecuatorianos y colombianos.

Están ahí, con papeles o sin papeles. En conjunto, se acercan al 3% de la población, pero como siguen llegando y su natalidad es superior a la de los nativos, pronto serán el 5%: dos millones en números redondos. Trabajan, sobre todo, en el servicio doméstico y en la construcción, lo mismo que los españoles cuando emigraron del campo a la ciudad o, en los años cincuenta y sesenta, cuando salieron masivamente al extranjero. Pero, a diferencia de éstos, los que vienen a España llegan desprovistos de papeles y cargados de deudas: un presente lleno de incertidumbre y un futuro hipotecado.

Tienen, por tanto, que encontrar trabajo como sea. Pero como carecen de derechos laborales mientras no consiguen su papeles, deben moverse de manera que nadie los vea. Hasta que un día, alguna catástrofe los vuelve visibles. Hace un año, los brotes racistas y xenófobos en Andalucía y Cataluña; en el verano, la furgoneta en la que estuvieron a punto de sucumbir asfixiados más de 30 inmigrantes que viajaban de pie, hacinados; esta semana, de nuevo, una furgoneta en la que encontraron la muerte 12 ecuatorianos que, si no hubieran tenido que viajar como invisibles, habrían tomado el trayecto más corto, la autovía, en la que nunca se les habría cruzado un tren.

Cada una de estas noticias nos revela sobre nosotros algo imprevisto. Lo primero que descubrimos fue que aquí el racismo no se limita a algún nacionalista montaraz de los que andan siempre a vueltas con el factor RH; que bastan unas semanas, unos meses, para

que el racismo arraigue en la cultura colectiva y se convierta en un acicate para la acción. Lo que aprendemos hoy es que, además de racista, en esta sociedad nuestra que va tan bien y que mira ahora a su pasado no ya sin complejos -como gusta decir el presidente del Gobierno-, sino con impúdica autocomplacencia, hay gente, no sabemos cuánta, que trabaja en condiciones de semiesclavitud.

Racismo y explotación: palabras demagógicas, porque la realidad es siempre más complicada y el balance económico de la inmigración debe ser “muchísimo más complejo y global”, según explicaba el ministro del Exterior. Ahora ha hablado otro ministro, el de Fomento, sólo para decir que sacar alguna conclusión de esta tragedia sería mezquino en lo personal y demagógico en lo político. Tal vez; tal vez sería mejor, más civilizado, no armar ruido en los entierros y esperar a que el duelo se despida para establecer balances más complejos y globales. Pero lo que sabemos, con los ataúdes allí delante, es tan simple y local que a lo peor se vuelve otra vez invisible si esperamos a que los ministros saquen sus propias conclusiones.

Sabemos, en efecto, que una furgoneta transportaba seis veces al día el doble del pasaje autorizado; que entre los pasajeros viajaba una niña de 13 años; que todos iban sin papeles; que ir sin papeles no era óbice para trabajar 10 horas diarias, a destajo, por un salario de miseria. Sabemos que nadie, ni en la sociedad ni en el Estado, ha impedido todo eso y que, por tanto, la invisibilidad de esos inmigrantes los condenaba a una relación laboral que nunca hubiera podido establecerse con trabajadores nacionales. Eso que sabemos tiene un nombre: racismo y explotación, por muy mezquino y demagógico que al señor ministro le parezca decirlo antes de despedir el duelo.

## *Entre chulería y malaje*

Santos Juliá, El País, 16/12/2001

PROBARON LA TÁCTICA con Gescartera y les dio resultado. Quizá no haya estado nunca el Gobierno del PP tan contra la cuerdas como al tener que responder de aquella gigantesca estafa. Mucho más que una imprevisión, o una incompetencia, lo que Gescartera reveló fue una colusión de gestores públicos con intereses privados. No fuera más que lo primero, ya habría sido bastante para que rodaran cabezas ministeriales: por menos cayó alguna en la denostada etapa socialista. Siendo lo segundo, la renuncia de algún ministro era una exigencia por completo inexcusable.

Para salir del trance, el ministro de Economía recurrió a un viejo ardid. Decir a la oposición, en el Parlamento: “Usted no sabe con quién está hablando; tenga mucho cuidado con lo que dice porque le llevo ante los tribunales”. A los tribunales a un diputado no se le puede llevar a no ser que el Parlamento conceda el suplicatorio. Pero como desplante, la salida de Rato quedó muy resultona: ante su público, la chulería es siempre rentable. Sobre todo, si el diputado socialista, metido en su laberinto, pide árnica. Con lo cual, el ministro pudo dar otra vuelta de tuerca: del desplante pasó directamente al desprecio.

A partir del cierre en falso de Gescartera, las armas de la burla y el insulto no han dejado de acudir ni una semana al gesto y la palabra de la bancada -azul o marrón tanto da: unos se jalean a otros- popular. Del presidente abajo ninguno ha podido resistir la tentación de mostrar la estima en que tienen a los que no marcan el paso ante sus órdenes. Chantajistas, irresponsables, ignorantes, progres trasnochados, mentirosos, defensores de privilegios espurios, desleales, poco menos que traidores a la Patria, es el lenguaje de moda entre diputados y ministros del PP. Para que nada falte, las salidas de pata de banco del presidente son, como tantas veces, de vergüenza ajena. No especialmente dotado para aspirar a sus diez minutos en El club de la comedia, el presidente no renuncia a ser chistoso ante sus fieles, que ríen complacidos su malaje.

¿Por qué este tono, por qué tanta chulería? Mal de altura, se dice, con razón. En medio de tanto fervor internacional, que les salgan en casa poniendo reparos a su brillante

gestión no puede ser interpretado más que como impertinencia merecedora tan sólo de una respuesta despectiva. Pero en política, hechos y palabras suelen guardar también alguna relación con la conquista o la conservación del poder. Construida una base de poder político-mediático-económico difícilmente conmovible, quede sólo conservarla, machacando a la oposición con todo lo que se ponga a mano. Y quizá sea ahí donde radique la explicación de este recurso permanente a la descalificación y al insulto: la cúpula del PP ha debido de pensar que es la mejor manera de confirmar ante un público adicto, embravecido por el éxito, la desnudez del adversario.

En efecto, toda la política desplegada por la oposición socialista desde el congreso que renovó su dirección ha consistido en presumir de un estilo cortés, aunque carente por el momento de contenidos identificables. Funcional para echar al olvido la dura etapa pasada, la dirigencia socialista lleva navegando demasiado tiempo en una indeterminación que afecta a cuestiones tan enjundiosas como fiscalidad, federalismo, libertarismo, republicanismo, patriotismo, reformismo constitucional. En ese mar de fluidos teóricos, las propuestas políticas concretas se han encaminado a buscar afanosamente pactos de Estado - o sea, rebajando el tono: pactos con el Partido Popular- sobre cualquier cosa que se moviera bajo el sol, pensando tal vez que la suma de buenas maneras y de oposición constructiva los convertía en sólida alternativa de poder.

Esta fantasía es lo que ha liquidado la chulería pepera: del estilo se mofan; a la oposición constructiva dedican cortes de mangas. ¿Entonces? Pues entonces está claro que a estos señores la oposición no puede seguir tratándoles sin preparar antes concienzudamente los papeles, improvisando, yendo a los asuntos como a tientas, como si no fueran capaces de defender una política propia sin necesidad de echar tantos globos sonda que al final las respuestas, si no confusas, son contradictorias. Frente al sólido aparato de poder montado por los populares, los socialistas van a necesitar algo más que buenas maneras, mucho más que un debate sobre patriotismo, y algo muy diferente a pactos de Estado. De otra forma, se seguirán riendo de ellos y mal consuelo será confiar en que más reirá quien ría el último.